

No estamos preparados para el
utilitarismo de John Stuart Mill

Libertad, opinión y educación

AUGUSTO RAMÍREZ LÓPEZ¹

El utilitarismo analizado desde la obra de John Stuart Mill define moralidad desde su utilidad, desde lo que puede prestar un servicio para cada individuo en un proceso de búsqueda de felicidad, que por extensión se suma al de otros individuos que comparten una sociedad y que comparten, dentro de esa búsqueda, el principio de no hacerse daño entre iguales y velar por el bien del otro. Esto siempre y cuando esos otros no se interpongan en la búsqueda personal de felicidad, pues es cada quien el responsable de sus actos y de su propio destino, indistintamente de cómo sea entendido por cada uno.

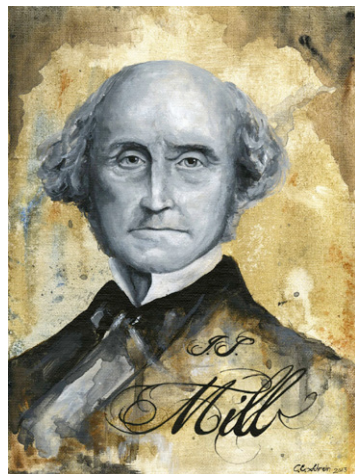
Partiendo de esto nos tenemos que centrar en la libertad, que a final de cuentas es la que permite al hombre actuar de acuerdo a sus convicciones y por ende camino a la felicidad. Dentro de esa ruta, y entendiendo que los hombres viven e interactúan en sociedad, nos encontramos con un proceso de construcción de verdad que sólo se logra a partir del proceso de

argumentación. Al analizar estos temas por separado veremos sus relaciones e interdependencia.

Principio de utilidad o de la mayor felicidad

La moralidad dentro del pensamiento de Mill exige como fundamento base el principio de utilidad o de la mayor felicidad, que puede ser aplicable a cualquier aspecto práctico de la vida del ser humano.

El filósofo explica este principio así: "...las acciones son correctas en la medida en que tienden a promover la felicidad, incorrectas en cuanto tienden a producir lo contrario a la felicidad" (Mill, 1984, p. 31) Aclarando que entiende la felicidad como placer y ausencia de dolor, y por infelicidad dolor y falta de placer, la acumulación de placeres podría entenderse como felicidad



¹ Comunicador social y periodista. Profesor del Núcleo de Formación Básica y Profesional del Programa de Comunicación Social y Periodismo de la Universidad de Manizales. Correo: augus-toralo@hotmail.com

para Mill, sólo si se tienen en cuenta las diferencias cualitativas de los placeres, esto es que existen unos placeres que valen más que otros. Dado que son los individuos quienes las valoran, según su experiencia y vivencia, en este punto se hace evidente una distancia con el pensamiento de Jeremy Bentham quien afirma que la acumulación de placeres es la felicidad y los pone a todos en igualdad de condiciones.

Dentro del utilitarismo de Mill esta valoración de los placeres es fundamental y las cosas deseables como fines deben ser sólo aquellas que por su condición tengan un placer inherente o sirvan como medio para evitar el dolor y mantener el placer. Para el filósofo los placeres ‘intelectuales’ son los que poseen mayor valor a diferencia de los placeres corporales, que si bien pueden ser más próximos y por eso muchos los prefieren por su fácil de acceso, no significa que sean los más placenteros. Incluso entre dos placeres corporales parece a veces que el más próximo es el más tentador y no se tiene siempre en cuenta el valor del placer. Vemos entonces que no es suficiente la acumulación de placeres sino que también debemos ver la calidad de placeres que se acumulan.

Para Mill esta búsqueda de felicidad es individual y exige que el hombre sea libre para poder elegir qué acciones desarrollar y qué camino tomar para llegar a satisfacer sus necesidades y alcanzar sus intereses. Estos intereses son personales y solamente la ‘inteligencia’ dictará cómo deben ser interpretados y sólo están limitados por el daño que se pueda ocasionar a otros individuos. Estas decisiones y comportamientos son lo que, en últimas, determinan la personalidad. Al afirmar que es personal e individual a lo que se llega se define al individuo

como responsable, cada quien debe asumir las consecuencias de las acciones que tome para ser feliz.

Pero si entendemos que el hombre vive en comunidades y se relaciona todo el tiempo con otros, también este deber de felicidad presenta un carácter de comunidad, de sociedad, donde si bien el fin es encontrar la felicidad personal, también se extiende a hacer felices a los otros, o procurar que los otros también lo sean, y por contraposición mitigar la infelicidad y los dolores, personales y de otros. Además, afirma Mill: “la utilidad recomendará, en primer término, que las leyes y organizaciones sociales armonicen en lo posible la felicidad o (como en términos prácticos podría denominarse) los intereses de cada individuo con los intereses del conjunto” (Mill, 1984, p. 34). Esto demuestra que su pensamiento involucra, en cuanto a felicidad, a todos los individuos y a cómo cada uno de ellos se relaciona entre sí y con sus gobernantes, quienes velan por sus principios. Pensar en la felicidad personal y del otro permitirá una feliz existencia a la humanidad.

Dentro de las organizaciones sociales, que no están bien definidas y apenas están en construcción, el sacrificio tiene cabida para Mill, donde negarse a una felicidad individual por un bien grupal tiende a desaparecer en la medida en que las sociedades crecen. Como la idea es llegar a ser una sociedad idealmen-





Hey! We have rights too!

WOMEN! Do YOU want to have
RIGHTS?! Do YOU want to VOTE?!
Yes it's obvious YOU WANT TO! Vote
for Mill or NEVER vote at all!!!

s a right to force another to be civilized."

VOTE FOR MILL!

ankind minus one were of one opinion, mankind would be no
ified in silencing that one person than he, if he had the
ld be justified in silencing mankind."

te feliz, para el filósofo en esta sociedad no tendrían porque existir los sacrificios. La misma evolución de las relaciones entre las personas y su manera de auto-regularse harán que los sacrificios desaparezcan; mientras se llega a eso los

sacrificios se deben dar cuando estos generen un bien mayor, ya sea en un futuro o para más beneficiados.

Mill propone, entonces, que el hombre debe buscar la felicidad por medio de la inteligencia, pero esta búsqueda de felicidad exige la libertad de elegir y escoger qué es lo que se quiere y lo que no se quiere, y qué caminos o acciones deben seguirse o afrontarse para llegar a ese fin. El individuo debe ser libre, y esta búsqueda de felicidad no se relaciona con los demás en cuanto si un placer es considerado por la mayoría en términos de valor (mayor o menor). La calificación de mayoritaria o minoritaria no tiene importancia alguna dentro de las decisiones individuales y deben ser respetadas por todos. La felicidad es entonces responsabilidad exclusiva del individuo, cada quien es responsable por su bienestar, tranquilidad, placidez.

Así este principio no es más que la libertad de acción sobre cada cosa que no afecte a otros. Y una sociedad solamente puede coartar dicho principio si es perjudicial para otros individuos. Mill diferencia dos tipos de acciones: las de interés para quien las realiza y no afectan a la sociedad, y las que afectan y le

Libertad y política

interesan a los demás. Estas acciones se presentan simultáneamente y la libertad del hombre y su personalidad son las que guían sus comportamientos y reacciones.

El concepto de libertad

La libertad exige el deber de hacerse responsable por los actos. La razón propia de la libertad humana para Mill exige el dominio interno de la conciencia, este control interno se expresa en tres aspectos:

1. La libertad de pensar y sentir: que se define como "la más absoluta libertad de pensamiento y sentido sobre todas las materias, prácticas o especulativas, científicas, morales o teológicas" (Mill, 1954, p. 46). Este es el factor más importante en la obra del filósofo. En tal se basan los otros, la absoluta libertad de pensar y sentir.
2. La libertad en nuestros gustos y la determinación de nuestros propios fines: que Mill define como "libertad para trazar el plan de nuestra vida según nuestro propio carácter para obrar como queramos, sujetos a las consecuencias de nuestros actos, sin que nos lo impidan nuestros semejantes en tanto no les perjudiquemos, aún cuando ellos puedan pensar que nuestra conducta es loca, perversa o equivocada." (Mill, 1954, p. 47). Luego de la libertad de pensar y sentir, está la libertad en gustos que dependen de la personalidad de cada quien a la hora de determinar cómo actuar.

Mill toca un punto importante y son los calificativos que podrían tener esas conductas, estas se determinan

siempre por la relación con otras conductas y con las conductas de otros; sin importar si el comportamiento es calificado como ‘loco, perverso o equivocado’, el responsable es el individuo, pero también el ‘otro’ tiene la libertad de calificarlo, de juzgarlo, de interpretarlo. Esa libertad no se puede coartar, pues así como hay libertad en la acción también la hay en la evaluación que los otros hacen de ella. Después veremos cómo estas posiciones encontradas son las que llevan a la verdad.

3. La libertad de asociación entre individuos: explicada como: “libertad de reunirse para todos los fines que no sean perjudicar a los demás; y en el supuesto de que las personas que se asocian sean mayores de edad y no vayan forzadas ni engañadas” (Mill, 1954, p. 49). Punto primordial en la conformación de un gobierno, pues si los individuos pueden reunirse libremente a tratar los temas que deseen, el espacio de congregación ayuda a identificar la verdad y líderes políticos (estos serán abordados con más detenimiento más adelante).

Mill afirma que si estas tres condiciones no se dan en los individuos no puede llamarse libre a una sociedad, y es el gobierno quien debe velar por que se cumplan dichas condiciones para todos. El filósofo enfatiza el problema de las democracias donde la mayoría tiende a sobreponerse sobre la minorías, por eso afirma que el poder de los gobernantes debe ser limitado.

Acá encontramos un círculo que hay que analizar. Primero es la libertad de los hombres, su libre asociación la que permite la implementación de gobiernos, pero estos no deben tener libertades, esto sólo le atañe a cada individuo. El

gobierno solamente vela para que esas libertades personales se puedan dar sin inconvenientes. Entonces el gobierno nace desde la libertad de los individuos pero no puede ser completamente libre. Hay que aclarar que los miembros de ese gobierno también son libres desde su individualidad.

Empero esto no ocurre de este modo. En la práctica se reconoce que la opinión pública tiende a sobreponerse sobre los individuos. La autonomía es una facultad que el hombre construye constantemente durante toda su vida, no es innata ni heredada; debe ser individual y ni el gobierno ni la opinión pública pueden invadir esa construcción autónoma que tiene como meta la felicidad. La libertad de expresión y el debate que genera es lo que permite la construcción de una opinión pública.

Libertad de expresión

Si nos acercamos a la libertad de expresión dentro del utilitarismo, tendríamos que hablar necesariamente de su utilidad como medio para acercarse a la verdad. Según Mill: “La verdad de una opinión es parte de su utilidad. Cuando pretendemos saber si es o no deseable que una proposición sea creída, ¿cómo es posible excluir la consideración de si es o no verdadera? En opinión, no de los hombres malvados, sino de los mejores, ninguna creencia que no sea verdadera puede ser útil” (Mill, 1954, p. 51). Para el filósofo la verdad no se puede abordar sin hablar de su utilidad: “No puede discutirse realmente la cuestión de utilidad, cuando un argumento tan vital sólo puede ser empleado por una de las partes” (Mill, 1954, p. 52). Mill nos muestra que la argumentación y contra-argumentación son indispen-

sables para llegar a la verdad; si bien no se nos ofrece 'la verdad total', los argumentos ayudan a acercarse más a ella, y una opinión sin contradictor sería la opinión más alejada de la verdad. La objetividad racional no se puede alcanzar en el hombre si no existe la libertad total de desaprobación y contradecir. Las nuevas verdades sólo pueden salir a la luz por medio de las discusiones libres y así es que se desarrolla el individuo.

Pero un inconveniente que suele aparecer habitualmente en las discusiones es, por el calor del encuentro, que los argumentos se dejen de lado y se ataque al adversario desaprobandolo. Mill afirma que los límites de las discusiones no son fáciles de trazar:

Mucho se puede decir respecto a la imposibilidad de fijar dónde estos supuestos límites deben colocarse; pues si el criterio es que no se ofenda a aquellos cuyas opiniones se atacan, pienso que la experiencia atestigua que esta ofensa se produce siempre que el ataque es poderoso; y que todo contradictor vigoroso a quien encuentren difícil contestar se les aparecerá, si pone un verdadero interés en el asunto, como un contradictor intemperante. Pero esto, aunque es una consideración importante desde un punto de vista práctico, se esfuma ante una objeción más fundamen-

tal. Indudablemente la manera de afirmar una opinión, aunque sea verdadera, puede ser muy objetable y merecer justamente una severa censura (Mill, 1954, p. 55).

Para el filósofo la inventiva, el sarcasmo, el personalismo dentro de una discusión deberían estar prohibidos. Sin embargo, en la práctica, solo desaprueba radicalmente su uso si es de la parte poderosa la que ataca la más débil en la argumentación; cuando estos recursos proviene de la parte débil, no es tan grave ni habría inconveniente. Por otra parte, nada es tan reprochable como la práctica de tildar de inmoral y malo al interlocutor: "La peor ofensa de esta especie que puede ser cometida consiste en estigmatizar a los que sostienen la opinión contraria como hombres malos e inmorales" (Mill, 1954, p. 57).

Sabemos así que moralmente no se deben atacar las personas por lo que son o lo que piensan, pero estos recursos de ataque salen a la luz en las discusiones. La dificultad en este punto es que no se

pueden definir los límites a una discusión dando cabida a momentos donde alguien piense que un acto es moral y otro piense lo contrario; ya vimos que si la mayoría o el gobierno piensa lo contrario eso no legitima dicho punto de vista. Los individuos, desde su inteligencia y experiencia, deben defender su posición y rechazar el ataque a las personas. Solo deben ser cuestionados los argumentos.



Líder de opinión

Ahora bien los debates a veces pasan a la esfera pública. En la cotidianidad el pueblo depende cada vez más de los medios de comunicación y las campañas electorales no deben estar ajenas a este cambio. Su intención es influenciar a un grupo de personas para que voten por un candidato y esa influencia tiene como base el comportamiento específico de ciertos sectores y sujetos. Pero los votantes no sólo deciden por la imagen que proyecta un candidato o una campaña, también existen ciertos escenarios donde se crea opinión pública y, por lo general, estos escenarios están influenciados por un líder que, por ciertas características, es visto de este modo y por lo tanto genera influencia.

Desde otro punto de vista se pueden ver a aquellos que tienen poder de argumentación y que están más cerca de la verdad, como modelos a seguir. Los públicos masivos los reconocen como guías. Esto implica diversos niveles de participación en el espacio social:

Es verdad que no todos son igualmente capaces de hacer este beneficio; son pocas las personas, comparadas con toda la humanidad, cuyos experimentos, de ser adoptados por los demás, darían lugar a un mejoramiento en la práctica establecida. Pero estas pocas son la sal de la tierra; sin ellas la vida humana sería una laguna estancada. No sólo introducen cosas buenas que antes no existían, sino que dan vida a las ya existentes (Mill, 1954, p. 58).

Esta especie de líderes de opinión son reconocidos por Mill como una minoría, y los denominados por el mismo como 'genios' pueden llegar a ser los más

vulnerables y delicados. Es muy difícil convencer a estos últimos de sumarse a una mayoría y por lo tanto son de difícil adaptación. Lo que propone el filósofo es ayudarles con el camino sin interponerse en su trabajo, dejarlos actuar y recoger los frutos de su genialidad.

La genialidad y ese 'aislamiento' de pensamiento es lo que los hace verdaderamente originales: "La originalidad es la única cosa cuya utilidad no pueden comprender los espíritus vulgares (...) El primer servicio que la originalidad les presta es abrirles los ojos; lo que una vez hecho, y por completo, les pondrá en la posibilidad de ser ellos mismos originales" (Mill, 1954, p. 62). Este sería el verdadero líder, el que ayuda a otros a ser auténticos y no dependiente de los demás. Los líderes que simplemente quieren que los sigan son perjudiciales para la sociedad, pues no permiten que los otros sean 'libres' y por lo tanto, como hemos visto, pueden llegar a ser felices.

La importancia de la educación

Entre líneas llegamos al punto de la educación, un problema que sería fácilmente resuelto si se responsabiliza a los padres o los más cercanos a los niños, a un grupo de estos genios que enseñen a pensar y defender sus argumentos desde el carácter individual y no a seguir una masa que implica uniformidad de pensamiento. Un inconveniente es que nuevamente emerge el problema del límite. Si bien hay que defender a los menores del daño que se pueden causar a ellos mismos, ¿dónde está el límite de esa mayoría de edad donde el individuo, en teoría, ya es 'libre'? Para Mill es primordial una serie de exámenes de

conocimiento. Es inaceptable un mayor de edad que no sepa leer.

Pensemos el problema dentro de los gobiernos democráticos. El requisito para votar es la mayoría de edad, la gran mayoría de la población tiene este derecho y esa mayoría es quien elige a sus gobernantes (que casi nunca representan sus intereses). Definir esa mayoría de edad, y por extensión esa libertad del individuo, se convierte en un proceso que puede perjudicar a la sociedad misma. Si las reglas para la mayoría de edad se basan solamente en tiempo de vida y no se tienen en cuenta la educación o la posibilidad de autonomía y responsabilidad, la comunidad que debe tener control sobre esas personas lo pierde y esto no solamente afecta al individuo sino a la sociedad misma.

Si tenemos en cuenta esa mayoría de edad por tiempo de vida, entran en escena los que sirven de intermediarios, que casi siempre son falsos líderes (medios de comunicación) que ejercen su derecho de libertad de opinión y expresión, pero que en su gran mayoría lo hacen bajo intereses particulares. La manipulación se empieza a reflejar en abusos y corrupciones que corroen las sociedades. Estos intermediarios debe-

rían ser personas que buscan la felicidad de todos. Sin embargo, estos verdaderos líderes de opinión o genios permanecen ocultos. Reconocer esos verdaderos genios y líderes es la clave para que el utilitarismo de Mill tenga sentido en la sociedad actual.

El utilitarismo, leído desde la sociedad actual, muestra que las sociedades no están en el nivel necesario para aplicar cabalmente esta teoría política. Tal vez sólo en algunas pequeñas comunidades religiosas puede funcionar bien y permitir el nacimiento y desarrollo de individuos que desde su libertad puedan permitirse ser felices y hacer felices a todos los demás. Este sería el grupo donde no caben los sacrificios individuales. Pero en las sociedades actuales vemos que esa búsqueda de felicidad está limitada por los gobiernos, por las personas que lo componen, por los medios de comunicación, por las leyes mismas que impiden que se dé el ambiente propicio para que los individuos, desde su carácter, se responsabilicen y sean garantía para que los nuevos miembros también lo puedan hacer. Por lo tanto cuando miramos el pensamiento de Mill y lo situamos en el contexto de las comunidades vemos que no estamos, todavía, preparados para abrazarlo.

Bibliografía

Mill, J. S. (1954). *Sobre la Libertad*. Buenos Aires: Aguilar.

Mill, J. S. (1984). *El Utilitarismo*. Madrid: Alianza editorial.